



LA COMUNIDAD ESCUCHANDO JUAN 13-17<sup>1</sup>

## ¿TÚ ME VAS A LAVAR LOS PIES?

(Jn 13,1-17)

<sup>1</sup>Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que llegaba la hora de pasar de este mundo al Padre, después de haber amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. <sup>2</sup>Durante la cena, cuando el Diablo había sugerido a Judas Iscariote que lo entregara, <sup>3</sup>sabiendo que todo lo había puesto el Padre en sus manos, que había salido de Dios y volvía a Dios, <sup>4</sup>se levanta de la mesa, se quita el manto, y tomando una toalla, se la ató a la cintura. <sup>5</sup>Después echa agua en un recipiente y se puso a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba en la cintura.

<sup>6</sup>Llegó a Simón Pedro, el cual le dice: «Señor, ¿tú me vas a lavar los pies?».

<sup>7</sup>Jesús respondió: «Lo que yo hago no lo entiendes ahora, más tarde lo entenderás».

<sup>8</sup>Replica Pedro: «No me lavarás los pies jamás».

Le respondió Jesús: «Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo».

<sup>9</sup>Le dice Simón Pedro: «Señor, si es así, no sólo los pies, sino las manos y la cabeza».

<sup>10</sup>Le responde Jesús: «El que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque está completamente limpio. Y ustedes están limpios, aunque no todos».

<sup>11</sup>Conocía al que lo iba a entregar y por eso dijo que no todos estaban limpios.

<sup>12</sup>Después de haberles lavado los pies, se puso el manto, volvió a la mesa y les dijo: «¿Comprenden lo que acabo de hacer? <sup>13</sup>Ustedes me llaman maestro y señor, y dicen bien.

<sup>14</sup>Pero si yo, que soy maestro y señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. <sup>15</sup>Les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes. <sup>16</sup>Les aseguro que el sirviente no es más que su señor, ni el enviado más que el que lo envía. <sup>17</sup>Serán felices si, sabiendo estas cosas las cumplen».

---

<sup>1</sup> Textos de referencia: Arcidiocesi di Milano, *L'amore che ci unisce*, Ed. In dialogo 2021;

## Contexto

Como bien sabemos, nuestro Arzobispo Mario propone cada año a todas las realidades diocesanas (parroquias, asociaciones, movimientos...) un libro bíblico o parte de él, para que sea objeto de estudio y meditación común.

Este año tratamos el gran discurso de Jesús que encontramos en Juan 13-17, al comienzo de la segunda parte de este gran evangelio.

Desde que el gran biblista estadounidense Raymond E. Brown ha propuesto dividir el Evangelio de Juan en dos partes:

1. El Libro de los Signos (cc. 1-12)
2. El Libro de la Gloria (cc. 13-21)

ha sido asumido por la mayoría de los estudiosos.

El contexto en el que Jesús proclama estas palabras es, por tanto, lo más solemne posible: la despedida en la Última Cena.

No se trata pues de una simple despedida, sino de lo que con razón se llama su Testamento espiritual.

En él, Jesús resume todas las enseñanzas y mandamientos que había dado previamente a los discípulos y trata de prepararlos para lo que sucederá: su muerte y resurrección, pero también su futuro como heraldos de la "buena noticia".

Desde la Pascua, la Iglesia, la comunidad de Jesús, está a punto de nacer. Para el evangelista, en efecto, la "Hora" ya ha comenzado y no es una hora de muerte, sino de glorificación.

Para completar, indicamos que de los cinco capítulos que consideraremos, solo los primeros cuatro (13-16) reportan el discurso de Jesús a los discípulos; en el 17 encontramos en cambio la gran oración (llamada "sacerdotal", porque en ella Jesús se ofrece al Padre: al mismo tiempo, en el papel de sacerdote que ofrece y como ofrenda sacrificada) que Jesús eleva al Padre.

Obviamente en voz alta, para que los discípulos oigan y entiendan.

## Lectura del texto

El texto es bien conocido y por tanto, como siempre en estos casos, necesita más atención.

Por mi parte, indico los puntos principales.

En primer lugar hay que señalar que Juan no nos cuenta las palabras y los gestos de Jesús sobre el pan y el vino, como hacen los demás evangelistas y Pablo<sup>2</sup> en la primera carta a los Corintios, porque cuando escribe, a finales del siglo I (90-110 dC) las diversas comunidades cristianas ya habían celebrado la Eucaristía durante 60 años y las conocían perfectamente.

---

<sup>2</sup>Mateo (26,26-29), Marcos (14,22-25), Lucas (22,14-20) y Pablo (1Cor 11,23-26)

Más bien, el problema – como se puede ver claramente en la primera carta a los Corintios (escrita a mediados de la década de 1950) – era que ya se estaba perdiendo el entusiasmo y la conciencia de los orígenes, arriesgándose a convertir la eucaristía en un simple rito, desprendida del contexto de ágape en el que Jesús la había querido.

Por eso Juan – después de haber relatado ya el largo discurso de Jesús sobre el pan de vida en el capítulo 6 – prefiere recordar aquí el gesto que Jesús había hecho aquella tarde, esperando que al menos aquel gesto fuerte y desconcertante quedara impreso en su memoria. Con explicación relacionada.

**v.1** «*Sabiendo Jesús que llegaba la hora*». En el segundo capítulo, durante las bodas de Caná, a su madre, que le indicaba cómo se acababa el vino, le había respondido: «*Aún no ha llegado mi hora*» (Jn 2,4).

Ahora, al contrario, la "Hora" ha llegado: en este evangelio "Ahora" es un término técnico para indicar la Pascua, la Hora de la glorificación de Jesús a través del único misterio de su muerte-resurrección.

**v.2** «*Cuando el Diablo había sugerido a Judas Iscariote que lo entregara*». Pero también es la hora del diablo. Ha llegado pues el momento del enfrentamiento final.

**v.3** Jesús «*Se levanta de la mesa, se quita el manto, y tomando una toalla, se la ató a la cintura. <sup>5</sup>Después echa agua en un recipiente y se puso a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba en la cintura*». El gesto fue impactante: no podemos imaginarlo.

Este gesto lo realizaba un esclavo pagano (Ex 21,2), mientras que la Ley de Moisés prohibía exigirlo a un esclavo si era judío.

A veces los discípulos prestaban espontáneamente este servicio a su maestro, como un acto de devoción: María de Betania lo había hecho ungiendo los pies de Jesús (Jn 12,3). Ahora, Jesús revoluciona el orden y las jerarquías.

**v.6.8** «*Señor, ¿tú me vas a lavar los pies? No me lavarás los pies jamás*». Pedro está sinceramente incomodo, por el respeto que le tenía a Jesús, pero también preocupado: con la capacidad de previsión de los sencillos: en efecto, ha entendido perfectamente que si el Maestro comienza a servir a los discípulos, entonces les tocará a ellos también (que desde tiempo estaban discutiendo sobre quiénes eran los más grandes) servir a todos los demás.

**v.8** «*Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo*». La referencia es al poder salvador de su muerte en la cruz. Sólo aceptando ser salvados por su amor, sacrificado hasta el extremo, podremos entrar con él en su gloria.

**v.10** «*El que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque está completamente limpio*». La alusión es a su palabra. La Palabra de Dios es eficaz: «*así será la palabra que salió de mi boca: no volverá a mí sin efecto, sin haber hecho lo que yo quiero*» (Is 55,11). No se trata simplemente de una cuestión intelectual o enseñanza moral que hay que aprender. Incluso se podría hablar de un «*bautismo de la Palabra*».

Ahora, para ellos y para nosotros, sin embargo, se trata de comprender este gesto que Jesús hizo en la línea de la tradición profética.

v.12 «¿Comprenden lo que acabo de hacer?» Con la pregunta dirigida a los "suyos" al final de la lavanda de los pies, Jesús quiere hacerles comprender cómo ese gesto expresa perfectamente el sentido de la misión que el Padre le encomendó y que ahora se convertirá también en suya.

La mirada se amplía así de lo inmediato al futuro, de lo particular a lo universal. Sin embargo, todo fundado en el pasado: en el reciente de Jesús y en el remoto de Dios.

En cuanto a la de Jesús, el evangelista logra describirla, con sorprendente eficacia, en una sola línea.

Entonces, ¿qué les había hecho Jesús? Los había hecho "suyos". Aquí Juan no usa términos genéricos, como "discípulos": válido para los seguidores de cualquier rabino o "apóstoles": título tomado de funciones civiles (enviado, embajador).

En cambio, dice "suyo", para indicar qué pertenencia particular los une ahora a su persona. Es una verdadera comunidad de intenciones, mentalidad y voluntad.

Precisando además que «*los amó hasta el extremo*» (v.1). Ahora bien, la palabra griega télos, además de fin (traducción CEI), también significa cumplimiento, perfección, extremo. «Hasta el extremo» es, por tanto, otra traducción posible, que en lugar de hacer de ella una cuestión temporal, aludiría claramente a lo que está por suceder: el misterio dramático de su muerte en la cruz y resurrección, en la que cumplirá su amor por ellos y llevará a cabo la misión divina de salvar a toda la humanidad. «*Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. En efecto, Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él*» (Jn 3,16-17).

Por tanto, Jesús no apareció repentinamente en el escenario mundial, sino en el cumplimiento del plan milenar de Dios. No es casualidad que su Pascua coincida con la del pueblo judío, que Jesús como buen israelita celebró fielmente.

La ligera discrepancia temporal entre el calendario adoptado por Juan y el de los sinópticos (¿era la víspera o el mismo día de Pascua aquel viernes en que murió Jesús?) no cambia en nada la sustancia: el antiguo rito pascual es releído por Jesús mismo y por la comunidad cristiana primitiva como prefiguración de lo que ahora está ocurriendo en la plenitud de los tiempos.

Así como en tiempos de Moisés, la sangre de un cordero sacrificado, colocada en los dinteles y arquitrabes de las casas, salvaba la vida de quienes se encontraban allí en el momento del "paso" (Pascua) del ángel exterminador, así ahora la sangre de Jesús, verdadero Cordero pascual, derramado en la cruz, se convierte en causa de salvación para cuantos se encomiendan a él. Es en él donde se produce el verdadero éxodo: la salida de la esclavitud del pecado, que engendra la muerte, para caminar hacia la libertad de los hijos de Dios.

Posteriormente, Moisés repetirá el rito de la sangre en las laderas del Sinaí, en el momento de ratificar ante el pueblo la alianza que Dios acababa de celebrar con ellos. «*Moisés derramó la mitad de la sangre sobre el altar. Entonces tomó el libro del pacto y lo leyó en presencia del pueblo... Moisés tomó la sangre y roció al pueblo, diciendo: "¡He aquí la sangre del pacto que el Señor hizo con vosotros...!"*» (Ex 24,6-8 pasos).

Ahora, sin embargo, es en la sangre de Jesús que Dios hace la alianza nueva y eterna: la alianza de sangre definitiva con la humanidad.

Sin embargo, hacer un pacto de sangre significa volverse consanguíneos o miembros de la familia. ¡Nada menos que miembros de la familia de Dios, a través de Jesús! «*Así que ya no sois extraños ni invitados, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios*» (Ef 2,19).

Jesús mismo lo declara al pasar la copa de vino a los discípulos, en el texto de la carta a los Corintios: 1Cor 11,23-26. Es un texto muy valioso porque constituye el testimonio más antiguo que poseemos sobre la Eucaristía: como ya mencionamos, los Evangelios se escribirán en las décadas siguientes, mientras que la primera carta a los Corintios se remonta a principios de los años cincuenta y recupera una tradición anterior; es decir contemporánea al acontecimiento.

El contexto en el que Pablo lo sitúa también es muy importante, porque vincula el texto paulino con el relato evangélico. De hecho, Jesús enmarca la "fracción del pan" en el contexto de las relaciones fraternas: comer ese pan – que en la sinagoga de Cafarnaúm había presentado como su «*carne para la vida del mundo*» (Jn 6,51-59) – implica necesariamente un amor auténtico y concreto, que se traduce en servicio recíproco.

En otras palabras, la Eucaristía no puede reducirse a la devoción privada, ni a una mera celebración ritual, por comunitaria que sea. Por su parte, Pablo reprocha duramente a los Corintios por cómo degeneró su manera de «*comer la Cena del Señor*»: ¡algunos tienen hambre, otros están llenos y borrachos! Por lo tanto, no basta con repetir las palabras de Jesús sobre el pan y el vino: ¡no es una fórmula mágica!

Para que sea verdadera Eucaristía es necesario vivir la fraternidad, porque ¡si la celebración no se hace vida, ni siquiera es Cena del Señor!

**v.14:** «Si yo, que soy maestro y señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros». Pedro pues tenía razón: no hay nada más subversivo que la Eucaristía, bien entendida y celebrada. ¡«*Fraterna y subversiva Eucaristía*»!

## **Meditatio**

### **1. Dios**

En Jesús se revela un Dios que sirve. ¿Es esta realmente la imagen que tengo de Dios?

¿Superé la idea pagana de que es la divinidad la que quiere ser servida por los humanos?

### **2. Mi vida y la del mundo**

«*El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo*» (Jn 6,51). ¿Entendí que Jesús no vino a juzgar al mundo, sino a salvarlo a través de su propia humanidad (cf. Jn 12,47)?

«*Denles ustedes mismos de comer*» (Mc 6,37): a partir del ejemplo de Jesús y de la participación en la Eucaristía, ¿estoy dispuesto a hacerme "eucaristía" para los demás? ¿Qué significa?